

«No se hace uno de repente ladrón á los veinte y cinco años, despues de haber servido siete en el ejército y de haber obtenido la medalla de mérito militar.

«La sumaria se ha engañado.

«Pero aquí nos hallamos reunidos nosotros para investigar la verdad, y no podríamos separarnos sin haberla encontrado.

«El acusado no es culpable, no puede ser culpable del crimen que, por efecto de manejos fáciles de comprender, se atreven á imputarle.

«Solo teneis que echarle en cara un momento de estravío, un momento de locura y embriaguez.

«Embriaguez, sí:

«¿Creeis, quizá, que solo emborracha el vino?

«¡Ah! mucho mas temible es la embriaguez cuando resulta de una pasión largo tiempo contenida, que poco á poco se ha ido apoderando de nuestro espíritu, ha irritado nuestros nervios, ha domeñado nuestras fuerzas, ha trastornado nuestra razón, y ha hecho de nosotros un esclavo, un bruto, un loco!

«Contémplole á ese desdichado á quien ni la educación, ni la familia, ni la religion amparan, contémplole luchando con esa mujer á la que su acusacion os ha permitido ya juzgar y mancillar.

«Porque, aun cuando la hubiese violado, debia ella callarse, toda vez que el inculpado la amaba.

«Contémplole suplicándola que le dé su mano, prosternándose á sus plantas y, en su lenguaje vulgar, pero que no por ello es menos conmovedor, decirle: «¡Te amo, y sufro!»

«Ella le rechaza.

«Aléjase él y va á llorar en un rincón, como el pobre perro á quien se acaba de dar un puntapié...

«Pero tan grabada está en su corazón la imagen de esa mujer, que le subyuga, le constriñe y no puede borrarla aunque mas se esfuerze.

«La vé siempre; la vé sin cesar.

«Quizá ella no sea hermosa para nosotros, señores jurados; pero lo es y mucho para él.

«Esto basta.

«Y, además, quizá bajo sus velos se ocultan formas espléndidas, de esas formas que hacen perder la razón á un hombre cuando las ha contemplado una vez.

«¿No os acordais de estas palabras pronunciadas en la Audiencia de Marsella por un lugareño, creo, acusado de violencia contra una mujer: «¡Ah! ¡ señores! ¡ si la hubieseis vista desnuda como yo!»

«Noto que os sonreís, como sonrieron los de allá.

«Lo esperaba.

«Haceis mal, señores.

«No son dignas de risa estas palabras, nó, pues son verdad.

«No son una de esas frases soltadas al azar para impresionar al auditorio.

«Son un grito, un grito humano, un grito escapado á una naturaleza violenta, apasionada, brutal!

«El inculpado la vé, pues, sin cesar; y sin cesar sufre.

«Entonces vuelve ante ella y le repite lo que le ha dicho otras cien veces.

«Si ella le rechaza todavía, el desventurado habla de matarse.

«Ella, al oírle, hace mas que rechazarle; se burla de él...

«Entonces una nube cruza ante los ojos del amante, que ciego y loco, la agarra entre sus brazos...

«¿Vuestro veredicto debe enviar á presidio á ese hombre ciego de pasión, á ese loco de amor?

«Nó.

«Jamás cometeréis semejante injusticia.

«De esta suerte es, señores, como tal vez hubiera debido hablar el defensor.



«Nós, ministerio público, nós hemos hablado muy diferente-mente, y creemos deber mantener nuestras conclusiones.

«Pero vosotros sois soberanos, señores jurados, y teneis el derecho de olvidar nuestro pedimento para solo acordaros de la defensa.»

El acusado fue absuelto.

Cuando la Audiencia húbose levantado, todo el mundo rodeó al jóven sustituto.

El Presidente le felicitó por haberse encargado de oficio de una defensa, abandonada por decirlo así.

Los jurados le agradecieron el que les hubiese iluminado, y muchos abogados vinieron á estrechar calurosamente su mano y á decirle que le reconocian por maestro en el arte de conmo-ver al Jurado.

«¡Ah! esclamaba un anciano bastonero, cuan mal haceis, señor sustituto, en no presentar vuestra dimision para hace-ros inscribir en nuestro cuadro! ¡Cuánto preferiríamos teneros por colega que por adversario, y qué reputacion adquiririais en poco tiempo!

—Señores, contestaba modestamente Luciano, os doy un millon de gracias por tanta amabilidad. Pero os equivocais al juzgarme. He nacido para convencer, y no para conmover. Las funciones que desempeño están perfectamente adecuadas á mi género de talento, que es frio y reflexivo. Si acabo de dar prue- bas, como teneis á bien decir, de un arranque de elocuencia apasionada, ha sido, créedme, por azar accidental. En vano in- tentaria volver á empezar.

Acababa de reitrarse á su gabinete, cuando entró un ugiar á entregarle una tarjeta diciéndole que álguien deseaba verle.

Pasó los ojos por ella, palideció y dió orden de hacer entrar.

Eran la señorita Berard y su padre, que no querian salir de la Audiencia sin antes darle un millon de gracias por el *pase*

que les habia enviado y de que se habian aprovechado amplia-mente desde quince dias á entonces.

—Sabeis, caballero, dijo Diana, que no he faltado á ninguno de los informes en que habeis usado de la palabra?

—Os compadezco, señorita, replicóle Luciano con frialdad.

—Pues yo no me compadezco en modo alguno. He sentido gran placer al oiros. Poseeis inmenso talento. Pero ¿os lo con- fesaré? despues del triunfo que acabais de obtener, me agradais mas en vuestras funciones de acusador, que en las de defensor.

—¿Quizá no me habeis encontrado elocuente como aboga- do? preguntó él.

—Mucho, al contrario. Pero soy una original; ya lo sabeis. Admiro, mas que nada, en un orador, la calma, la sangre fria, la frase franca, incisiva, que va derecha al blanco, el raciocinio claro, la deduccion fácil, la lógica, la verdad pura sin ambages ni rodeos. Hed aquí lo que me conmueve, y nadie como vos posee este género de talento. En cuanto al otro, al talento que intenta apasionar, enternecer y hacer verter lágrimas, me en- cuentra, lo confieso, me encuentra insensible.

—Es decir, en una palabra, señorita, que preferís la frialdad á la pasion.

—Tal vez, replicó Diana, mirándole con fijeza.

Luciano atrevióse á mirarla tambien, y dijo:

—Momentos hay en que el hombre no puede conservar su frialdad; la sangre se sube á la cabeza, el corazon late con mayor prisa y se olvida la habitual reserva.

—¡Evidentemente! replicó ella con vivacidad. En tales ca- sos vuélvese uno apasionado, como lo habeis sido poco há, y se parece serlo tanto mas, cuanto no se está á ello habituado. En- tonces se es perfecto. Perdonadme mi profesion de fé y acep- tad mis plácemes.

Diana saludó para despedirse y quiso arrastrar á su padre. Pero el señor Berard, que no habia encontrado ocasion de



soltar la lengua, creyó deber dar gracias á su vez y decir á Luciano que recibian, á menudo, por las noches á algunos amigos y que se consideraria feliz viéndose honrado con sus visitas.

—Os doy un millon de gracias, señor, contestó sencillamente Luciano, inclinándose.

Cuando se vió solo, toda su calma le abandonó:

«¡ Ah! murmuraba, recorriendo á grandes pasos su habitacion. ¿Qué habrá venido á hacer aquí? ¿Por qué ha resucitado recuerdos que tanto me esfuerzo en sufocar? ¿Podré tener aun largo tiempo la fuerza de vencerlos? ¿Acabará, al fin, por cometer alguna insigne locura?

No se aprovechó, sin embargo, de la galante invitacion del señor Berard.

¿No le era menester hacer alguna concesion á su razon que, á veces, elevaba aun la voz?

Empero, á partir de aquel momento, no tuvo ya el valor de continuar alejándose de la que tan ardientemente amaba.

¿Y de qué le servia, en efecto, alejarse, toda vez que ella venia á él, cuando él no iba á ella?

Así, pues, encontrábala, á menudo, volviendo de la Audiencia, en el bulevar Delorme, donde vivia con su madre, en el Cours, en el muelle de la Fosse, en el Jardin de plantas, en la plaza Graslin, y en el Pasaje Pommeraye, que para los nanteses son otros tantos paseos y sitios de reunion y para ellos equivalen á lo que para los parisienses sus famosos boulevares.

Encontrábala en todas las *soirées* oficiales; en casa del Prefecto, en la del general de division, en la del Presidente del Tribunal, y en algunas veladas íntimas donde le obligaban á asistir sus relaciones contraidas en el Pouliguen, entre otras, la señora Desvignes.

Despues de cada uno de estos encuentros, sentíase menos fuerte, sentíase perdido.

Sin embargo, aun no se habian hecho la menor declaracion.

Reservado estaba á los salones del Prefecto escuchar sus primeras confidencias.

Estas fueron imprevistas, escéntricas, brutales, como su passion.

Acababan de walzar, y Luciano, despues de haber acompañado á la señorita Berard á su sitio, en un saloncito momentáneamente abandonado, habíase contentado en saludarla y alejábese ya, cuando de repente, volviése vivamente, abalanzóse mas bien que caminó hácia ella y tomándole ambas manos:

— ¡Os amo! le dijo.

Ella se levantó, sin retirar sus manos de las de Luciano, y contemplándole fijamente, con acento vibrante:

—Y yo, ¡te amo! le contestó.

Penetraron en el saloncito unos importunos.

Luciano y Diana se separaron, no volviendo á hablarse en toda la noche.

Ella habia dicho verdad.

Le amaba.

Y este amor era hasta mas puro, mas elevado que el de Luciano.

En efecto, si bien distaba mucho de despreciar las cualidades físicas del jóven sustituto, sus rasgos bellos y regulares, su apuesto talle, su distincion nativa, habia sido seducida, sobre todo, por la posicion que ocupaba, por su mérito incontestable, por su talento de orador y, mas que nada por su comediamento, su calma, su aparente frialdad.

Por lo que respecta á Luciano, el punto de partida de su amor habia sido la belleza de Diana, su carácter singular, su escentricidad, su salvajez.

Él habia gustado, al contrario, porque no se entregaba sino raras veces, porque era á menudo indescifrable, porque escitaba la curiosidad, porque era dueño de sí, porque ni un momento dejaba de ser hombre de mundo.



Y hed aquí porque el amor de la señorita Berard debía ser mas formal, mas grave, mas vigoroso, mas vivo y mas exaltado que el de Luciano.

Las cualidades que aquella apreciaba en éste, no podia éste perderlas, pues eran inherentes á su naturaleza.

Hasta en los arrebatos de la pasion, no debía saber separarse de la reserva que le era característica.

Siempre debía permanecer, bajo ciertos conceptos, misterioso y velado; y ocupada sin cesar en descifrarle y penetrarle, jamás veria ella amenguar su amor.

En cuanto á Diana, no debía tardar en decir su última palabra.

El dia en que se entregara, se abandonaria enteramente; nada quedaria ya que aprender de ella, y la pasion de Luciano se estringuiria por falta de alimentos nuevos.

El amor puede nacer de un sentimiento asaz diferente de la curiosidad; empero, lo mas á menudo, la curiosidad es lo que le mantiene.

Hemos adelantado mas de lo que queríamos.

Hemos intentado leer en el porvenir amoroso de Luciano d'Aubier y de Diana Berard, sin saber si sus amores están destinados á tener un porvenir.

¿Qué iba á resultar de su mútua declaracion?

¿Qué partido tomaria, por fin, Luciano?

Tal vez hubiera permanecido largo tiempo inactivo aun, combatido por la pasion que le gritaba: «¡Cásate con ella! ¡no tienes otro medio para reconquistar la tranquilidad!» y por la razon, que no cesaba de repetirle: «¡no está tu felicidad en ese matrimonio! ¡no es esa la mujer que te conviene!»

A la señora d'Aubier debía incumbir la tarea de arrancarle á sus irresoluciones.

La señora d'Aubier no habia recibido ninguna de las confiancias de Luciano.

Ignoraba lo que pasaba en el corazon de su hijo, corazon indócil á desahogarse, impenetrable hasta á la solicitud maternal.

Así pues, la buena señora creyó, un dia, poder hacer la cosa mas natural del mundo, la mas puesta en razon, suplicando á Luciano que se esplicara sobre sus proyectos tocante á la señorita de Rioux, llegando hasta á decirle que ya habia sondeado el terreno, que su peticion seria acogida y que solo de él dependia el obtener la mano de aquella señorita.

Luciano contestó bruscamente á su madre que renunciase á sus proyectos, pues habia resuelto no casarse con la sobrina del ex-presidente.

Quiso la señora d'Aubier conocer los motivos de una decision tan formal, de una rebelion tan repentina y que nada le hizo prever, y entonces, apremiado, contento quizá con ver forzar á su corazon que él mismo no sabia abrir, venturoso con sentirse arrastrado en la senda de las confiancias y de las grandes resoluciones, manifestó su amor por Diana.

Apenas húbose explicado, apenas la señora d'Aubier creyó haber comprendido, cuando le detuvo, declarándole con la mayor firmeza que nunca consentiria en verle casar con la señorita Berard.

Y como á su vez le pidiese Luciano los motivos de tan enérgica negativa, dióle su madre, para hacerle desistir de sus proyectos las razones que mas de veces cien se habia dado él mismo.

El instinto maternal de la señora d'Aubier hizo recaer sobre Diana el mismo juicio que Luciano pronunciára en otro tiempo.

Pero, en el proceso donde le hemos visto defender, de improviso, la causa del inculpado, contra el que acababa de pronunciar un elocuente pedimento, nos ha dado la medida de su talento, elástico y fácil á la revirada.

Cuando oyó acusar á la señorita Berard, olvidó sus defectos que él mismo habia descubierto, para tan solo acordarse de sus seductoras cualidades, y la defendió con calor.



Pero no consiguió ante su madre el mismo triunfo que días antes obtuviera ante el jurado.

La señora d'Aubier fue inflexible.

Tal vez hizo mal mostrándose tan severa.

Si Diana Berard, por temperamento, amaba la lucha, si los obstáculos que encontraba en su camino, lejos de arredrarla, la enardecían mas y mas para llegar á la meta, Luciano d'Aubier debía parecersele y compartir sus gustos, nó por temperamento, sino por hábito, por efecto de su carrera que es una lucha continua, donde el mandatario de la ley se esfuerza en vencer, ante los jueces, los innumerables obstáculos elevados por el defensor ó el abogado de una de las partes.

En el momento en que la señora d'Aubier pronunció su *ultimatum* sobre su matrimonio, no se habia Luciano pronunciado todavía.

Vacilaba incierto, creyéndose no depender sino de su voluntad y ser el solo arbitrio de su destino.

Al mismo tiempo que reconocía su error, cesaban sus incertidumbres.

Desde entonces ya no tuvo mas que un deseo.

Triunfar de todos los obstáculos que se le oponían.

Emprendió la lucha.

Cada día, á cada hora, abogó en favor de su causa y la de la señorita Berard.

Pero tenia que habérselas con uno de esos caracteres firmes é intratables que jamás transijen sobre ciertas cuestiones, una de esas mujeres clásicas que se encuentran tan solo en algunas rancias familias de toga ó de espada, duras consigo mismas para tener el derecho de serlo con los demás, tenaces y tercas en sus designios, sabiendo á donde van y lo que quieren, enemigas declaradas de las debilidades del corazón y de las transacciones con la conciencia, prestas á sacrificar el objeto de su cariño antes

que consentir en lo que consideran como una falta ó una degradación.

Al cabo de algunas semanas, debió Luciano renunciar á vencer á su madre, quien, por su parte, acabó hasta por negarse á oírle.

Entonces resolvió informar á la señorita Berard de cuanto ocurría.

Después de sus mútuas declaraciones, á menudo reiteradas, creía deberle, cuando menos, franqueza y confianza.

Un día, á eso de las tres de la tarde, después de haber columbrado al señor Berard en el Pasage Pommeraye, y adquirido la certeza de que no le encontraría al lado de su hija, dirigióse hácia la morada que habitaba Diana en una de las callejuelas tranquilas y silenciosas que circuyen el Jardin de Plantas.

Desde una calle de árboles donde á menudo se paseaba, habíala atisbado algunas veces asomada á su ventana, y sabía que vivía en el segundo piso.

Subió, pues, sin necesidad de tomar informes y llamó directamente á su puerta.

—¿El señor Berard? preguntó á la doncella que vino á abrirle.

—El señor ha salido, contestó ésta; pero reconociendo á Luciano por haberle visto á menudo en el Pouliguen junto á su señora, creyó deber añadir, como esperaba Luciano: ¡si el señor quiere ver á la señorita...

—¡Oh! ¡temería molestarla...!

—Nada de eso, caballero, repuso la doncella, con ese ahinco peculiar á los sirvientes de las casas de la clase media. Voy á prevenir en la señorita, mientras, si el señor gusta, puede descansar en el salón...

Siguióla y quedó solo.

El salón, cuyos balcones daban á una de las mas lindas alamedas del jardín, bordada de magnolias y de camelias, recor-



daba una época en que el señor Berard no inventaba aun y no habia arruinado todavía completamente á su mujer y á su hija.

Algunos viejos muebles salvados del naufragio de su fortuna y trasportados de París á Nantes, atestiguaban ciertos hábitos de lujo y elegancia.

En vano, empero, hubiérase buscado de aquella estancia algo que recordara la presencia constante de una señorita.

En el velador, en los mármoles no se veia ninguno de esos *albums*, de esos periódicos de modas, de esas delicadas labores, de esas mil bagatelas de que apetece rodearse las mujeres, y que dan vida y animacion á una vivienda.

El piano, cuidadosamente cerrado, parecia estar allí únicamente por la forma.

Ni un solo papel de música indicaba que se sirviesen de él.

A no dudar, la señorita del lugar gustaba de vivir fuera de casa, y cuando se hallaba retenida en sus hogares, bastábanle para su dicha la existencia contemplativa y los prolongados ensueños.

Poco tardó Diana en entrar, vestida de una especie de bata, elegante como todo lo que llevaba; pero que mejor hubiera convenido á una casada, que á una soltera.

Sorprendida evidentemente, en negligé, por la visita de Luciano, habíase, para recibirle, improvisado una *toilette*, cuya demasiada precipitacion atestiguaban sus algo desordenados cabellos y algunos granos de polvo de arroz diseminados todavía en sus mejillas.

—¿Buscáis á mi padre? dijo, tendiéndole la mano. ¿Quizá teneis que hablarle?

—Nó, contestó gravemente. Sabia que el señor Berard estaba ausente. Mi visita tiene por objeto á vos sola.

Ella le miró con inquietud; hízole seña para que se sentara en el sofá, y tomando sitio junto á él:

—Hablad, dijo.

Refirió entonces Luciano cuanto habia pasado en su existencia desde hacia un mes.

Sus proyectos;

Su conversacion con la señora de Aubier;

Sus incesantes luchas.

Y por fin, la persuacion que habia adquirido de no poder triunfar de las resistencias maternas.

—¿Creeis que yo no sabia ya de memoria todo eso? dijo ella, cuando acabó Luciano.

—¿Cómo?

—Sin duda. ¿No he leído, desde há largo tiempo, en los ojos de vuestra madre, que jamás consentiria en tenerme por nuera? ¡Ah! ¡demasiado interesada estaba yo en agradarle, añadió tristemente, para no comprender que no le agradaria jamás!

Y como Luciano pretendiese escusarse y escusar á su madre, detúvole, diciendo:

—Es inútil. No habeis herido mi amor propio mas de lo que voy yo á herir el vuestro.

Las dificultades que os ha creado la señora d'Aubier, mi padre tambien me las ha creado á mí.

Sí.

He creído poder conversar con él, nó de vuestros proyectos, pues jamás me los habeis confiado, sino de mis secretos deseos, y me los ha censurado.

Os hace un crimen el ser demasiado jóven para mí, el depender por vuestra posicion de una de esas catástrofes políticas siempre de temer en nuestro país.

En fin, os reprocha lo que tambien me reprocha á mí:

El carecer de fortuna.

La única diferencia que hay es que vuestra madre, debo hacerle esta justicia, no piensa sino en vuestro porvenir, mientras que mi padre, tal vez sin de ello darse cuenta, solo piensa en su eterna hélice.



Dícese, y con razon, que vos sois demasiado formal para alentarle en sus empresas; demasiado pobre para ayudarle, y continua prefiriendo un yerno como el señor de Sery, asaz débil de espíritu para creer en los inventores y asaz rico para explotar sus privilegios de invencion.

¡Ah! ¡mi buen amigo!

Si vos dependeis de una madre por demás austera y que os ama en demasía, yo por mi parte, dependo de un padre que no me ama lo bastante.

Peró ¿á qué tantos lamentos?

Vos, sin duda, habeis venido á participarme alguna determinacion.

¿Cuál es; veamos?

—¡Ah! suspiró Luciano; no tengo determinacion alguna que someteros. He venido únicamente á pedir un consejo.

—¡Un consejo! ¡no soy yo quien debo dároslo! ¡á vos toca hacer lo que vuestro corazon os dicte!

—¿Qué os dictaria el vuestro?

—El mio, dijo ella, animándose, no hay necesidad de consultarlo. El mio no atiende á razon. Obedece á sus inspiraciones, á sus deseos.

—Y ¿cuáles son?

—Ya los conoceis. ¿Tendreis necesidad de haceros nuevas declaraciones?

—Entonces ¿qué conducta os dicta?

—¡Oh! si de mí sola se tratara, no me veria apurada.

Soy mayor de edad y puedo, para casarme, pasar sin el consentimiento de mi padre.

—Os equivocais. Su consentimiento es indispensable.

—Pero, si me lo niega, puedo reemplazarlo por lo que llamais, segun creo, requirimientos respetuosos.

—¡Cómo! exclamó él; no temeriais...

—Nó, en verdad... ¡ah! ya os he advertido, no os asom-

breis... ¿Por qué habia de sacrificarme yo á un padre que no me sacrifica nada? ¡oh! ¡vos no os hallais en la misma posicion que yo; lo reconozco y no pretendo...

—Nó, nó, exclamó Luciano, levantándose y recorriendo la estancia con agitacion, antes sufrir, antes morir, que causar á mi madre un pesar tal. ¡Requerirla, á ella! Pero, si ni siquiera se le ha ocurrido que la ley me habia armado contra ella y que me asistia el derecho de invocarla! ¡oh! ¡nó! ¡pensad que hay familias en que tales cosas no se hacen!

Diana, cual si no hubiese notado lo que encerraba de duro para ella esta última frase de Luciano, contestó:

—Yo no os censuro. Vos teneis una madre y sois amado. Hasta os confesaré que, previendo yo sus negativas, tambien habia previsto vuestra sumision.

Dicho esto, permaneció un rato silenciosa.

Luego, de improviso, levantóse rápida, corrió á él, y tomándole ambas manos:

—¿Y bien? exclamó.

Él bajó los ojos ante su penetrante mirada.

—¿Me amais, continuó ella, como habeis dicho amarme?

—Sí, contestó él irguiendo la cabeza.

—¿Me amais con pasion?

—Sí.

—¡Pues bien! Todo es permitido á dos seres que se aman como nos amamos nosotros, y á quienes se pretende tener eternamente separados uno de otro. Ya que no podemos casarnos, seré vuestra querida!

Él retrocedió.

Tanto amor, tanta resolucion, audacia tanta, en vez de trasportarle, lo habian enfriado.

No se sentia á la altura de una mujer tal...

Tenia miedo.

¡Y ella, que tal vez se hubiera alejado sí, tomándola por la